

la mayor parte de los circunstantes corrieron á ver á Polidamas. Este era un atleta de Tesalia, de tamaño y fuerza extraordinarios. De él contaban, que estando sin armas en el monte Olimpo, habia vencido un leon enorme: que habiendo agarrado á un toro furioso, no pudo escapar el animal sino dejando la pezuña en manos del atleta; que los mas forzudos caballos no podian hacer andar un carro que él detenia por atras con una mano sola. Habia ganado muchas victorias en los juegos públicos, pero como habia llegado tarde á Olimpia, no pudo ser admitido al concurso. Mas adelante supimos el fin trágico de este hombre extraordinario. Habia entrado con algunos amigos en una caverna para librarse del calor: abrióse la bóveda de la caverna, huyeron sus amigos; Polidamas quiso sostener el monte, y quedó sepultado\*.

Cuanto mas difícil es sobresalir en las naciones civilizadas, tanto mas inquieta está la vani-

\* Pausanias y Suidas hacen vivir á este atleta en tiempo de Dario Noto, rey de Persia, cerca de sesenta años antes de los juegos olímpicos, en los que yo supongo que se presenta para combatir. Pero por otra parte los habitantes de Pelene defendian que Polidamas fué vencido en los juegos olímpicos por un concudadano suyo, llamado Prómaco, que vivia en tiempo de Alejandro. Importa muy poco aclarar este punto de cronología; pero he creído conveniente indicar la dificultad, á fin de que no me la pongan.

dad, y es capaz de los mayores excesos. En otro viage que hice á Olimpia, ví en ella un médico de Siracusa, llamado Menécrates, que llevaba en pos de sí muchos de los que habia curado, quienes antes de esto se habian obligado á acompañarle á todas partes. Uno se presentaba con los atributos de Hércules, otro con los de Apolo, y otros con los de Mercurio ó Esculapio. El, vestido con una ropa de púrpura, con una corona de oro en la cabeza, y un cetro en la mano, se ostentaba con el nombre de Júpiter, y corria el mundo escoltado por estas nuevas divinidades. Un dia escribió al rey de Macedonia la siguiente carta:

« Menécrates-Júpiter á Filipo, salud. Tú reinas « en Macedonia, y yo en la medicina: tú das la « muerte á los sanos; yo doy vida á los enfer- « mos: tu guardia se compone de macedonios; « la mia de dioses.» Filipo le respondió en dos palabras, que deseaba volviere á su sano juicio\*. Algun tiempo despues, habiendo sabido Filipo que estaba en Macedonia, le envió á llamar, y le convidó á comer. Menécrates y sus compañeros fueron puestos en soberbios y altos lechos: habia delante de ellos un altar lleno de las primicias de las cosechas; y mientras se ser-

\* Plutarco atribuye esta respuesta á Agesilao, á quien segun él se escribió la carta.

via una excelente comida á los demas convidados, no se ofrecian sino perfumes y libaciones á estos nuevos dioses, quienes no pudiendo sufrir la afrenta, salieron precipitadamente de la sala, y no se dejaron ver mas.

Otro rasgo servirá para pintar las costumbres de los Griegos, y su ligereza de caracter. Hace ocho años que se dió un combate en el recinto sagrado, interin se celebraban los juegos. Los de Pisa habian usurpado la intendencia á los Eleense, quienes querian volver á sus derechos: unos y otros, ayudados de sus aliados, entraron en el recinto: la accion fué viva y sangrienta: los espectadores innumerables que habian venido á las fiestas, se colocaron al rededor del campo de batalla con mucha tranquilidad, y mostraron en esta ocasion la misma especie de interes, que en los combates de los atletas, aplaudiendo alternativamente, con igual alborozo, los trances de uno y otro ejército\*.

\* Otra escena, pero mas horrible, se vió en Roma al principio del imperio. Los soldados de Vespasiano y de Vitelio se dieron un combate sangriento en el campo de Marte. El pueblo se colocó al rededor, y aplaudia alternativamente los progresos de unos y otros. Pero hay una diferencia notable. En Olimpia los espectadores mostraron un interes de curiosidad: en el campo de Marte se abandonaron á los excesos de alegría y barbarie. Sin recurrir á la diferencia de caracteres, se puede decir que la accion era extraña á los primeros, y una consecuencia de las guerras civiles en los segundos.

Me resta hablar de los ejercicios que piden mas fuerza que los anteriores, cuales son la lucha, el pugilato, el pancracio y el pentatlo. Sin seguir el orden con que se dieron estos combates, empezaré por la lucha.

El fin de este ejercicio es echar en tierra al adversario, y hacerle confesar que ha sido vencido. Los atletas, que habian de contender, estaban en un pórtico inmediato; y los llamaron al medio dia. Estos eran siete: se echaron otras tantas cédulas en una caja, puesta delante de los presidentes de los juegos: dos estaban señaladas con la letra A, otras dos con la letra B, otras dos con la letra C, y la séptima con una D. Meneáronlas en la caja: cada atleta sacó la suya, y uno de los presidentes formó las parejas de los que habian sacado una misma letra. Así hubo tres pares de luchadores, y se reservó el séptimo para luchar con los vencedores de los demas. Desnudáronse enteramente, los frotaron con aceite, y se revolcaron en la arena, para que sus adversarios no pudiesen hacer tanta presa, al ir á asirse de ellos.

Entraron en el Estadio un tebano y un argivo: se acercan, se miran de arriba abajo, y se asen de los brazos. Luego, apoyando la frente uno contra otro, se empujan con fuerza igual, parecen inmóviles, y se consumen en esfuerzos inútiles; ya se menean con choques violentos,

se enlazan como serpientes, se alargan, se acortan, se doblan hácia adelante, hácia atras, y hácia los lados: corre de sus miembros cansados un sudor abundante: respiran un momento, se asen por medio del cuerpo, y despues de haber empleado de nuevo la astucia y la fuerza, el tebano levantó á su contrario; pero le dobló el peso, y caen, se revuelcan en el polvo, y están ya encima, ya debajo. Al fin, el tebano entrelazando sus piernas y sus brazos, suspende todos los movimientos de su adversario, que estaba debajo, le aprieta la garganta, y le obliga á levantar la mano en señal de su derrota. Esto no basta todavía para alcanzar la corona, sino que es preciso que el vencedor eche en tierra, á lo menos dos veces á su rival; y comunmente vienen á las manos tres veces. En la segunda accion venció el argivo, y el tebano en la tercera,

Despues que las demas parejas de luchadores acabaron sus combates, los vencidos se retiraron avergonzados y pesarosos. Quedaban tres vencedores, un agrigentino, un efesio, y el tebano de que he hablado. Quedaba tambien un rodio, que había reservado la suerte. Tenia esta ventaja de entrar descansado en la lid; pero no podía llevar el premio sin dar mas de un combate. Triunfó del agrigentino: fué echado en tierra por el efesio, que sucumbió bajo el te-

bano: este último ganó la palma. Así, una victoria debe llevar á otras; y en un concurso de siete atletas, puede suceder que el vencedor tenga que luchar con cuatro antagonistas, y entrar con cada uno en tres acciones diferentes.

No es permitido en la lucha dar golpes al adversario; en el pugilato no se permiten sino los golpes. Ocho atletas se presentaron para este último ejercicio, quienes del mismo modo que los luchadores, fueron pareados por suerte. Tenian la cabeza cubierta con un casco de metal, y los puños sujetos con una especie de guantes, formados de tiras de cuero, que se cruzaban á todos lados.

Las embestidas fueron tan varias, como los accidentes que se siguieron. Algunas veces hacian dos atletas diversos movimientos para no recibir el sol en los ojos, y pasaban horas enteras observándose, acechando cada cual el momento en que su adversario dejase en descubierto alguna parte de su cuerpo; teniendo los brazos levantados y tendidos, de modo que cubriesen la cabeza, ó agitándolos rápidamente para impedir que el enemigo se acercase. Algunas veces se acometian con furor, y descargaban, uno sobre otro, una granizada de golpes. Vimos algunos, que precipitándose con los brazos levantados sobre el enemigo, dispuesto á eludirlo, caian á plomo en el suelo, y se quebran-

taban todo el cuerpo; otros que exhaustos y llenos de heridas mortales, se levantaban repentinamente, y sacaban nuevas fuerzas de su desesperacion; otros en fin, á quienes sacaban del campo de batalla tan desfigurados, que era imposible conocerlos por el rostro, y sin dar mas señal de vida, que la sangre que vomitaban á borbotones.

Yo me estremecia á la vista de este espectáculo, y mi alma se llenaba enteramente de compasion, al ver á los muchachos aprender semejantes crueldades, porque eran llamados á los combates de la lucha y del cesto, antes de llamar á los hombres formados. Sin embargo, los Griegos se entretienen con placer en estos horrores, animan con sus voces á estos infelices, encarnizados unos contra otros, ¡y los Griegos son suaves y humanos! Tan cierto es que los dioses nos han concedido un don bien funesto y bien humillante, cual es el de acostumbrarnos á todo, y llegar al punto de tener por diversion la barbarie, como el vicio.

Los ejercicios crueles en que se educa á los niños, los debilitan de tal modo, y tan temprano, que en las listas de los vencedores en los juegos olímpicos, apenas se hallan dos ó tres que hayan ganado el premio en su infancia, y en una edad mas avanzada.

En los demas ejercicios es facil juzgar del

éxito: en el pugilato es menester que uno de los combatientes confiese su derrota. Interin le queda un grado de fuerza, no desespera de la victoria, porque esta puede depender de su fortaleza y de su tenacidad. Nos refirieron, que habiéndole roto los dientes á un atleta de un golpe, tomó el partido de tragárselos; y viendo su rival lo infructuoso de su ataque, se creyó perdido sin recurso, y se dió por vencido.

Esta esperanza hace que un atleta oculte sus dolores, aparentando cierto aire amenazador, y aspecto airado: que muchas veces corra riesgo de perecer, y perezca en efecto algunas veces, á pesar del cuidado del vencedor, y la severidad de las leyes, que prohiben á este último matar á su adversario, so pena de ser privado de la corona. La mayor parte de los que se salvan de este peligroso, quedan estropeados para toda su vida, ó conservan cicatrices que los desfiguran. Acaso de aquí procede que este ejercicio sea el menos estimado de todos, y está casi abandonado á las gentes del pueblo.

Por lo demas, estos hombres duros y feroces, aguantan mas fácilmente los golpes y las heridas, que el calor que los sofoca: porque estos combates se dan en el pais de la Grecia, en la estacion del año, en la hora del dia en que el ardor del sol es tal, que apenas pueden sufrirlo los espectadores.

En el momento en que era el calor mas violento, se dió el combate del pancracio, ejercicio compuesto de la lucha y del pugilato; con esta diferencia, que no debiendo los atletas asirse al cuerpo, no llevan guantes en las manos, y los golpes son menos peligrosos. La accion se terminó muy pronto. Habia venido la víspera un sicionio llamado Sóstrates, célebre por las muchas coronas que habia ganado, y por las calidades que se las habian proporcionado. A su vista se separaron muchos de sus rivales, y los demas á sus primeros ensayos: porque en los preliminares en que preludian los atletas, asiéndose de las manos, apretaba y torcia los dedos de sus contrarios, con tal violencia, que al punto decidia la victoria en su favor.

Los atletas, de que he hecho mencion, no se habian ejercitado mas que en este género; los otros, de que voy á hablar, se ejercitan en todas las especies de combates. En efecto, el pentatlo comprende no solamente la carrera de á pie, la lucha, el pugilato y el pancracio, sino tambien el salto, el tiro del disco, y el del dardo.

En este último ejercicio basta lanzar el dardo, y dar en el blanco propuesto. Los discos ó tejos son unas masas de metal ó piedra de figura lenticular, es decir, redondas, y mas gruesas en

el medio que en los bordes, muy pesadas, y muy lisas, y por lo mismo dificultosísimas de agarrar. Se conservan tres de ellos en Olimpia, que se presentan al renovarse los juegos; uno de ellos horadado, para pasar por él una correa. Puesto el atleta en una pequeña altura, preparada en el Estadio, toma el tejo en la mano, ó por la correa, le da vueltas al rededor, y le arroja con toda su fuerza: vuela el tejo por los aires, cae, y va rodando por la liza. Se marca el sitio donde se para; y los esfuerzos de los demas atletas se dirigen á pasar de allí.

Lo mismo hay que hacer para ganar en el salto; ejercicio, cuyos movimientos se ejecutan al son de la flauta. Los atletas tienen en las manos un contrapeso, que, segun dicen, les da facilidad para alargar el salto. Algunos se lanzan á mas de cincuenta pies\*.

Los atletas que disputan el premio del pentatlo, necesitan para alcanzarlo, triunfar á lo menos en los tres primeros combates en que se empeñan. Aunque no pueden medirse en particular con los atletas de cada profesion, son sin embargo muy estimados, porque aplicándose á dar al cuerpo la fuerza, agilidad y ligereza de que es susceptible, satisfacen todos los

\* Cuarenta y siete pies nuestros, dos pulgadas y ocho lineas: (57 pies y 10 lineas de España.)

finés de la institucion de los juegos y de la gimnástica.

El día último de las fiestas se destinó á coronar á los vencedores. Esta ceremonia gloriosa para ellos, se realizó en el bosque sagrado, y fué precedida de sacrificios pomposos. Concluidos estos, los vencedores, engalanados con ricos vestidos, y con una palma en la mano, fueron al teatro, en compañía de los presidentes de los juegos. Iban enagenados de alegría, al son de las flautas, rodeados de un inmenso gentío, cuyos aplausos hacian resonar el aire. Detras se veian otros atletas montados en carros y caballos. Estos manifestaban toda la arrogancia de la victoria, y adornados de flores, parecian participar del triunfo.

Llegamos al teatro, los presidentes de los juegos mandaron que empezase el himno, compuesto en otro tiempo por Arquiloco, y destinado á ensalzar la gloria de los vencedores, y el lustre de la ceremonia. Despues que los espectadores juntaron á cada estribillo, sus voces con las de los músicos, se levantó el heraldo, y anunció que Poro de Cirene habia ganado el premio del Estadio. Este atleta se presentó ante el gefe de los presidentes, quien le puso en la cabeza una corona de acebuche, cogida, como todas las que se distribuyen en Olimpia, de un arbol que está detras del templo de Júpiter; y

por su destino, ha llegado á ser objeto de la pública veneracion. Al punto se renovaron todas aquellas expresiones de alegría y de admiracion, con que se le habia honrado en el momento de su victoria; pero con tal fuerza y profusion, que me pareció que Poro estaba en el colmo de la gloria. En efecto, en esta altura le veian puesto todos los circunstantes; y no me sorprendian ya las pruebas laboriosas á que se sujetaban los atletas, ni los extraordinarios efectos que ha producido mas de una vez este concierto de alabanzas. Con este motivo se nos dijo, que el sabio Quilon espiró de gozo abrazando á su hijo, que acababa de ganar la victoria; y que la asamblea de los juegos olímpicos, miró como deber suyo, asistir á sus funerales. En el siglo último, añadieron, nuestros padres fueron testigos de una escena mucho mas interesante.

Diágoras de Rodas, que habia realzado el lustre de su nacimiento con una victoria alcanzada en nuestros juegos, trajo aquí dos hijos, que entraron en concurso, y lograron la corona. Apenas la recibieron, cuando la pusieron sobre la cabeza de su padre, y tomándole en hombros, le llevaron en triunfo por medio de los espectadores, que le felicitaban, echando flores sobre él, y diciéndole algunos: « morid ya, Diágoras, « pues nada teneis que desear. » No pudiendo el

anciano resistir á su ventura, espiró á vista de la asamblea, enternecida con este espectáculo; y bañado con el llanto de sus hijos, que le estrechaban entre sus brazos.

Estos elogios que se dan á los vencedores, los turba á veces, ó por mejor decir, los honra el furor de la envidia. Algunas veces oí mezclarse con las aclamaciones públicas, los silbidos de varios particulares, nacidos en ciudades enemigas de aquellas, de donde eran naturales los vencedores.

A estas muestras de envidia vi suceder otras, no menos notables, de adulacion ó de generosidad. Algunos de los que habían ganado el premio en la carrera de caballos ó de carros, hacían proclamar en su lugar; otras personas, cuyo favor buscaban, ó cuya amistad querían conservar. Los atletas que triunfan en los demás combates, no pueden sustituirse á nadie, pero también tienen recursos para satisfacer á su avaricia: en el momento de la proclamación, dicen ser oriundos de una ciudad que los ha regalado, y así se exponen á ser desterrados de su patria, cuya gloria venden. El rey Dionisio, á quien era más fácil ilustrar su capital, que hacerla feliz, envió más de una vez sus agentes á Olimpia, para inducir á los vencedores á declararse siracusanos; pero como el honor no se adquiere con dinero, fué igualmente vergon-

zoso para él, haber corrompido á unos, y no haber podido corromper á otros.

Muchas veces se emplea la seducción para alejar un concurrente temible, para empeñarle en ceder la victoria, moderando sus fuerzas, y para tentar la integridad de los jueces; pero los atletas, convictos de esta maniobra, son azotados con varas, ó condenados en cuantiosas multas. Se ven aquí muchas estatuas de Júpiter, hechas de bronce, construidas con las sumas provenientes de estas multas. Las inscripciones que las acompañan, eternizan la naturaleza del delito, y el nombre de los reos.

El día mismo de la coronación, ofrecieron los vencedores sacrificios en hacimiento de gracias. Fueron inscriptos en los registros públicos de los Eleenses, y les sirvieron un banquete magnífico, en una sala del Pritaneo. Los días siguientes dieron ellos comidas, en que la música y el baile aumentaron el placer. Luego se encomendó á la poesía immortalizar sus nombres, y á la escultura representarlos en marmol ó bronce, y á algunos en la misma actitud en que habían ganado la victoria.

Siguiendo el uso antiguo, estos hombres colmados ya de honores en el campo de batalla, entran en su patria con todo el aparato del triunfo, precedidos y seguidos de un numeroso acompañamiento, cubiertos con una ropa de

púrpura, algunas veces en un carro de dos ó cuatro caballos, por una brecha que se abre en las murallas de la ciudad. Todavía se cita el ejemplo de un ciudadano de Agrigento en Sicilia, llamado Exeneto, que se dejó ver en esta ciudad en un carro magnífico, acompañado de otros muchos, y entre ellos habia trescientos tirados por caballos blancos.

En algunas partes les da el tesoro público con que mantenerse honradamente, y están libres de toda carga: en Lacedemonia tienen el honor de combatir al lado del rey en un día de batalla: casi en todas tienen el lugar preferente en la representación de los juegos; y el título de vencedor olimpico, añadido á su nombre, les concilia una estimacion y respeto, que contribuyen á la felicidad de su vida.

Algunos hacen que las distinciones que reciben, redunden en beneficio de los caballos que se las han proporcionado; para lo cual les procuran una vejez dichosa, les dan una sepultura honrosa, y algunas veces les levantan pirámides sobre los sepulcros.

FIN DEL TOMO TERCERO.

## INDICE

### DEL TOMO TERCERO.

CAP. XXVI. De la educacion de los Atenienses.	4
CAP. XXVII. Pláticas sobre la música de los Griegos.	53
CAP. XXVIII. Continuacion sobre las costumbres de los Atenienses.	401
CAP. XXIX. Biblioteca de un ateniense. Clase de filosofia.	447
CAP. XXX. Continuacion del capitulo anterior.	